



LECTIO DIVINA

Octava de Pascua
Del 09 al 15 de abril de 2023

Anunciamos alegres que



Magdalena

I Domingo
de Pascua

DOMINGO, 9 DE ABRIL DE 2023

Resurrección del Señor

Jesús gracias

Oración introductoria

Jesús, aumenta mi fe.

Petición

Jesús, que pueda asistir hoy, con mi familia, a la celebración de la Sagrada Eucaristía.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles

(Hch. 10, 34a. 37-43)

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».

Salmo (Sal 117, 1-2. 16-17. 22-23)

Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. R.

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. R.

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses (Col. 3, 1-4)

Hermanos: Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria.

Secuencia

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,

a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.

Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.

«¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?»
«A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,

los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!

Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua.»

Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.

Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 20, 1-9)

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Releemos el evangelio

San Máximo de Turín (i-c. 420)

obispo

Sermón 36; PL 57, 605

"Este es el día que actuó el Señor" (Sal 117,24)

Manifestemos nuestra alegría, hermanos, hoy como ayer. Si las sombras de la noche han interrumpido nuestras fiestas, el día santo no ha terminado...: la claridad que propaga la alegría del Señor es eterna. Cristo nos iluminó ayer y hoy todavía resplandece su luz. "Jesucristo es el mismo ayer y hoy", dice el bienaventurado apóstol Pablo (Heb 13,8). Sí, para nosotros Cristo ha nacido. Para nosotros ha nacido hoy, según lo anunciado por Dios por boca de David: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy" (Sal 2,7). ¿Qué significa esto?

Que Él no engendró a su hijo un día, sino que ha engendrado el día y la luz al mismo tiempo...

Sí, Cristo es nuestro hoy: esplendor vivo y sin disminución, Él no deja de alumbrar el mundo (He 1.3) y este incendio eterno parece no ser sólo de un día. "Mil años en tu presencia son un ayer que pasó", exclamó el profeta (Sal 89,4). Sí, Cristo es ese día único porque única es la eternidad de Dios. Él es nuestro hoy: el pasado, huyó, se escapó; el futuro desconocido no tiene secretos para él. Luz soberana, abrazó todo, lo sabe todo, en todo tiempo está presente y lo posee todo. Antes que él, el pasado no se puede derrumbar, ni el futuro eludir... Hoy no es sólo el tiempo donde la carne nació de la Virgen María, ni sólo donde la divinidad, sale de la boca de Dios su Padre, sino el tiempo donde ha resucitado de entre los muertos: "Él ha resucitado a Jesús, dice el apóstol Pablo; Así está escrito en el Salmo segundo: "Tú eres mi Hijo; "Yo te he engendrado hoy" (Hechos 13,33).

Verdaderamente, Él es nuestro hoy, cuando, al salir de oscura noche del infierno, abrazó a los hombres. Realmente, Él es nuestro día, al que no pudieron oscurecer los ataques de sus enemigos. Ningún día mejor que este día para acoger la luz: a todos los muertos, les ha dado el día y la vida. El hombre viejo nos llevó a la muerte; Él nos ha resucitado con la fuerza de su hoy.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y en Él también nosotros hemos resucitado, pasando de la muerte a la vida, de la esclavitud del pecado a la libertad del amor. Dejémonos, por lo tanto, alcanzar por el consolador mensaje de la Pascua y envolver de su luz gloriosa, que dispersa las tinieblas del miedo y la tristeza. Jesús resucitado camina junto a nosotros. Él se manifiesta a quienes lo invocan y lo aman. Antes que nada, en la

oración, pero también en los simples gozos vividos con fe y gratitud. Este día de fiesta, en el que es costumbre gozar de un poco de distracción y de gratuidad, nos ayuden a experimentar la presencia de Jesús. Pidamos a la Virgen María poder tocar con las manos llenas la paz y la serenidad del Resucitado, para compartirlos con los hermanos, especialmente con los que tienen más necesidad de consuelo y de esperanza.» *(Regina coeli de S.S. Francisco, 22 de abril de 2019).*

Meditación

¡Domingo de Resurrección! ¡Es hoy! Todos los domingos del año son fiesta por lo que celebramos hoy. Es el centro de nuestra fe. Es el sol que alumbra las tinieblas. Es la victoria de la vida sobre la muerte. Dios que ha bajado y tomado carne, al cual hemos crucificado, ha resucitado. ¡Vive! Vive Jesús. Está en ti, está en mí. Nos llama, nos escucha, nos anhela, nos ama.

Pedro y Juan están encerrados, con miedo, traumatizados por la muerte tan devastadora de su Jesús. Pensemos en lo fuerte que es la muerte de una persona querida. Y como les ha de haber golpeado a los pobres apóstoles. Ellos son humanos como tú y yo y esto se nos puede escapar sabiendo la historia. Pero es un trauma lo que ellos pasaron y vieron. Y afecta lo humano y lo espiritual.

La fe está adormecida, la esperanza está congelada por la fuerza de la maldad y del pecado volcado sobre su Amigo. Estaban en la penumbra. ¿La Luz había cesado? ¿Estaban esperando el tercer día?

Hasta que María Magdalena, portadora de la Buena Nueva, anuncia que el cuerpo no está y el sepulcro está vacío. Pero como puede ser si ellos mismo pusieron el cuerpo en el sepulcro. Ellos cerraron la tumba con la piedra. Ellos vieron que estaba ahí el

cuerpo sin vida. Como juega la realidad con nuestra fe. Nos hace dudar sobre si creo en Jesús o no. Sobre si vale la pena creer en Jesús o no.

Al escuchar a María Magdalena salen corriendo. Quedaba una pequeña luz dentro de ellos y querrían que fuera un incendio forestal dentro de su alma. Al llegar ven y creen. Creen en la Palabra que Jesús les había dicho antes. Creen en los profetas, creen en las promesas hechas a lo largo de la historia de Israel. El Mesías, su Amigo, ha resucitado.

Creamos nosotros también, con fuerza, que Jesús vive. Así sacamos las dudas con las que el demonio nos quiera tentar. Así podemos escucharlo, así disponemos nuestra alma para entrar en contacto con Él hoy, dos mil años después, dejemos que nuestra alma corra a Jesús, porque lo anhela. Dejemos que vuele a Jesús porque lo desea. Démosle espacio a Jesús para que habite en nosotros. Tengamos hoy rostros de Domingo de Resurrección que contagien la alegría de Jesús.

Oración final

Nuestra oración puede también concluirse con esta vibrante invocación de un poeta contemporáneo, Marco Guzzi:

¡Amor, Amor, Amor! Quiero sentir, vivir y expresar todo este Amor que es empeño gozoso en el mundo y contacto feliz con los otros.

Sólo tú me libras, sólo tú me sueltas. Y los hielos descienden para regar el valle más verde de la creación.

Oración introductoria

Señor, que experimente la urgencia de anunciar tu Evangelio con mis actos y, si es necesario, con mis palabras.

Petición

Señor, concédeme ser fuerte para no temer ser un apóstol de tu amor.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles

(Hch. 2, 14. 22-33)

El día de Pentecostés, Pedro, de pie poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros mismos sabéis a este, entregado conforme el plan que Dios tenía establecido y previsto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: “Veía siempre al Señor delante de mí, pues está a mi derecha para que no vacile. Por eso se me alegró el corazón, exultó mi lengua, y hasta mi carne descansará esperanzada. Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos, ni dejarás que tu Santo experimente corrupción. Me has enseñado senderos de vida, me saciarás de gozo con tu rostro”. Hermanos,

permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo”, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”. A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

Salmo (Sal 15, 1-2 y 5. 7-8. 9-10. 11)

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. Yo digo al Señor: «Tú eres mi bien». El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano. R.

Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. R.

Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R.

Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha. R

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 28, 8-15)

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría, corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán». Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles: «Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros». Ellos tomaron el dinero y obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy.

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Catequesis bautismal n°14 (Les catéchèses, coll. Les Pères dans la foi n° 53-54, Migne, 1993), trad.sc@evangelizo.org

“¡Alégrense!” (Mt 28,9)

“¡Alégrense con Jerusalén y regocíjense a causa de ella, todos los que la aman!” (Is 66,10). ¡Jesús ha resucitado! Alégrense ustedes que estaban antes en la pena, (...): el que ha subido la violencia, resucitó. Lo mismo que el recuerdo de la cruz entristece a nuestra asamblea, que la buena noticia de la resurrección sea su alegría. Que la tristeza cambie en alegría, las lamentaciones en regocijo y que alegría y regocijo llenen nuestros labios, en honor del que después de su resurrección dijo: ¡Alégrense!” (Mt 28,9).

Entiendo cuál era en esos días la pena de los amigos de Cristo, cuando nosotros no decimos nada más de su muerte ni de su sepultura y no proclamamos la buena noticia de su resurrección. Sus espíritus, como en suspenso, esperaban la noticia deseada. Ha resucitado el muerto, el que tenía “su lecho entre los muertos” (Sal 88(87),76) y es liberador de los muertos.

El hombre que sin quejarse había portado la deshonrosa corona de espinas, ese hombre, resucitó. Porta la diadema de la victoria sobre la muerte. Lo mismo que hemos dado testimonios que conciernen su cruz, ahora afirmamos su resurrección con estas pruebas. El Apóstol lo confirma: “Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la Escritura” (I Cor 15,4).

Palabras del Santo Padre Francisco

«La piedra del sepulcro gritó y en su grito anunció para todos un nuevo camino. Fue la creación la primera en hacerse eco del triunfo de la Vida sobre todas las formas que intentaron callar y enmudecer la alegría del evangelio. Fue la piedra del sepulcro la primera en saltar y a su manera entonar un canto de alabanza y admiración, de alegría y de esperanza al que todos somos invitados a tomar parte. Y si ayer, con las mujeres contemplábamos “al que traspasaron”; hoy con ellas somos invitados a contemplar la tumba vacía y a escuchar las palabras del ángel: “no tengan miedo... ha resucitado”. Palabras que quieren tocar nuestras convicciones y certezas más hondas, nuestras formas de juzgar y enfrentar los acontecimientos que vivimos a diario; especialmente nuestra manera de relacionarnos con los demás. La tumba vacía quiere desafiar, movilizar, cuestionar, pero especialmente quiere animarnos a creer y a confiar que Dios «acontece» en cualquier situación, en cualquier persona, y que su luz puede llegar a los rincones menos esperados y

más cerrados de la existencia.» *(Homilía de S.S. Francisco, 31 de marzo de 2018).*

Meditación

Llenas de temor y de gran alegría. ¡Vaya contradicción! ¿Puede acaso juntarse el temor con la alegría? Más aún, ¿puede un hecho solo ser al mismo tiempo causa de dos sentimientos antagónicos? Este es el escándalo de Cristo, el escándalo de Dios. Sienten, pues, las mujeres temor; el anuncio que el ángel les ha comunicado supera hasta la más descabellada de las ideas que pudiera haberseles ocurrido. Experimentan también una gran alegría; la esperanza que llevaban en su mente como hijas del pueblo de Israel, y en su corazón, como seguidoras del Mesías, ha sido colmada. En una palabra, su razón no entiende lo que su fe les anuncia.

Sin embargo, esta sensación inexplicable no las detiene; al contrario, se ven impulsadas a comunicarlo. Corren, viven una santa urgencia similar a aquella que movió a la Santísima Virgen a visitar a su prima santa Isabel. Las dos escenas están relacionadas. María salió presurosa y, así, tuvo lugar la primera misión de evangelización que Cristo llevó a cabo; las dos mujeres parten veloces, y así ocurrió la primera misión de evangelización que los discípulos de Cristo recibieron.

Algo sucede, no obstante, antes de que esta embajada llegue a su destino. Cristo sale al encuentro de las mujeres. Lo hace cuando están juntas, lo hace cuando están en camino. Así es como Él desea hacerse presente en nuestras vidas: estando junto con nuestros hermanos, estando en camino de misión. Jesús mismo les asigna un nuevo contenido a su mensaje. No sólo han de anunciar que el Señor ha resucitado, sino que han de guiar a los apóstoles de vuelta a Él.

Sí, no hemos de temer, pues la muerte ha sido vencida. Con la fuerza que nace de ese encuentro con la mirada misericordiosa del Señor Resucitado, vayamos también nosotros a recordar a los hombres que lo verán en la Galilea donde Él mismo quiso llamarlos a compartir su misión, en primer lugar. No olvidemos, ciertamente, ir acompañados.

Oración final

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. (Sal 15)

MARTES, 11 DE ABRIL DE 2023

Jesús me llama y me envía

Oración introductoria

Jesús, yo creo que vives, creo que la cruz tuvo un sentido y que ahora estás aquí conmigo. Tu presencia me llena de paz y alegría. Dime qué quieres de mí en mis circunstancias, y ayúdame a guardar el silencio necesario para escucharte.

Petición

Dios mío, no permitas que las atracciones del mundo me distraigan de mi fin último, de tu gloria y de tu servicio.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.2,36-41)

El día de Pentecostés, decía Pedro a los judíos: «Con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que, al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías». Al oír esto, se les traspaso el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?». Pedro les contestó: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos y para los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro». Con estas y otras muchas razones dio testimonio y los exhortaba diciendo: «Salvaos de esta generación perversa». Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas.

Salmo (Sal 32, 4-5. 18-19. 20 y 22)

La misericordia del Señor llena la tierra.

La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. R.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme, en los que esperan su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. R.

Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 20, 11-18)

En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». María Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».

Releemos el evangelio

Santa Gertrudis de Helfta (1256-1301)

monja benedictina

*El Herald, Libro IV (SC 255, Œuvres spirituelles, Cerf, 1978),
trad.sc@evangelizo.org*

Consuelo y alegría en el Señor

Cuando a propósito de María Magdalena, se leía en el Evangelio que “Al entrar en el sepulcro vio dos ángeles...” (cf. Lc 24,4), Gertrudis dijo al Señor: “¿Dónde está Señor esa tumba en la que tengo que mirar para encontrar consuelo y alegría?” Entonces el Señor le mostró la herida de su costado. Cuando ella se inclinaba a su interior, hacia el lugar donde estaban los ángeles, percibió dos palabras. La primera fue: “No podrás jamás estar separada de mí, de

mi comunión”. Y la siguiente: “Todas tus obras me son perfectamente agradables”.

Ella estuvo estupefacta y, plena de dudas, se preguntaba cómo eso era posible. Ella era tan imperfecta, que el conjunto de sus obras no hubieran gustado a ningún hombre en este mundo, a causa de los defectos escondidos que descubría a veces. Entonces, ¿cómo podría gustar al conocimiento infinitamente luminoso, que encuentra mil defectos donde el hombre enceguecido llega a encontrar uno sólo apenas?

El Señor le respondió: “Supongamos que tienes un objeto en mano. Puedes fácilmente mejorarlo si quieres y tienes la facultad de hacerlo más agradable para todos. ¿Descuidarías de hacerlo? Lo mismo conmigo. Del hecho que tienes el hábito de confiarme frecuentemente tus obras, yo las tengo en mi mano. Como mi total poder me otorga la fuerza y mi sabiduría inescrutable, la capacidad, tengo el placer en mi bondad de mejorar todas tus obras, de tal manera que puedo complacerme, yo y todos los habitantes del cielo”.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Siempre estamos tentados de saciar el deseo de lo eterno con cosas efímeras. Nos vemos expuestos a mares embravecidos que sólo terminan ahogando la vida y el espíritu: Como el marinero en alta mar necesita el faro que indique la ruta para llegar al puerto, así el mundo os necesita a vosotras. Sed faros, para los cercanos y sobre todo para los lejanos. Sed antorchas que acompañan el camino de los hombres y de las mujeres en la noche oscura del tiempo. Sed centinelas de la aurora que anuncian la salida del sol. Con vuestra vida transfigurada y con palabras sencillas, rumiadas en el silencio, indicadnos a Aquel que es camino, verdad y vida, al único Señor que

ofrece plenitud a nuestra existencia y da vida en abundancia. Como Andrés a Simón, gritadnos: “Hemos encontrado al Señor”; como María de Magdala la mañana de la resurrección, anunciad: “He visto al Señor” .» *(Homilía SS Francisco, 7 de septiembre de 2019)*

Meditación

¡Cómo amaba María Magdalena al Señor! Es una pena que su amor fuera desesperanzado y desesperado, como aquel de los discípulos de Emaús y Tomás. Todos habían conocido al Señor, pero la Magdalena de una forma especial. Ella se lo encontró quizá dos años atrás. Jesús apareció en su vida estando dominada por siete demonios, cuando nadie se atrevía a acercarse a ella y la miraban con terror. Él la miró con amor y le liberó de esos espíritus que le atormentaban. Desde entonces siguió al Señor. Jesús fue su esperanza, su ilusión de cada mañana, un sueño realizado, un amor puro y una mirada limpiísima, una roca firme en que apoyarse, un río de alegría al lado del cual las hojas nunca marchitarían.

Pero ahora está muerto. Había ido muy de mañana, dice el Evangelio. Había ido al sepulcro y lo había encontrado vacío. «¡Se han llevado el cuerpo de mi querido Jesús!» Avisó a Pedro y a Juan, y ellos, en vez de llorar con ella y buscar el culpable, se pusieron en movimiento, vieron, creyeron y se fueron contentos. Y ahí se quedó María, sola, incomprendida. «¿Por qué lloras, María?»

Ella estaba vuelta, no quiso mirar al agricultor que sospechaba como ladrón de cuerpos. Sus ojos gritaban rechazo y tristeza. Y entonces Jesús dijo... «¡María!»

Oración final

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo. Que tu misericordia,
Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. (Sal 32)

MIÉRCOLES, 12 DE ABRIL DE 2023
Jesús está conmigo

Oración introductoria

Señor, ayúdame a verte siempre a mi lado.

Petición

Cristo resucitado, enciende el calor de mi fe y esperanza de tal manera, que, en esta Pascua de resurrección, la vivencia de la caridad sea el distintivo de mi vida

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 3, 1-10)

En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a costas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa», para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se le quedó mirando y le dijo: «Míranos». Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo: «No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de

Jesucristo Nazareno, levántate y anda». Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Salmo (Sal 104, 1-2. 3-4. 6-7. 8-9)

Que se alegren los que buscan al Señor.

Dad gracias al Señor, invocad su nombre, dad a conocer sus hazañas a los pueblos. Cantadle al son de instrumentos, hablad de sus maravillas. R.

Gloriaos de su nombre santo, que se alegren los que buscan al Señor. Recurrid al Señor y a su poder, buscad continuamente su rostro. R.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo; hijos de Jacob, su elegido! El Señor es nuestro Dios, él gobierna toda la tierra. R.

Se acuerda de su alianza eternamente, de la palabra dada, por mil generaciones; de la alianza sellada con Abrahán, del juramento hecho a Isaac. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 24, 13-35)

Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús

en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabe lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entraría así en su gloria?» Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él hizo simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a

Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Releemos el evangelio

San John Henry Newman (1801-1890)

teólogo, fundador del Oratorio en Inglaterra

PPS 6, 10

“¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba?”

Hermanos, reflexionemos sobre lo que significaban las apariciones de Jesús a sus discípulos después de su resurrección. Tienen tanto más importancia cuanto que nos muestran que una comunión de este género con Cristo sigue siendo posible. Este contacto con Cristo nos es posible también hoy. En el período de los cuarenta días que siguieron a la resurrección, Jesús inauguró su nueva relación con la Iglesia, su relación actual con nosotros, la forma de presencia que ha querido manifestar y asegurar.

Después de su resurrección ¿cómo se hizo Cristo presente a la Iglesia? Iba y venía libremente, nada se oponía a su venida, ni siquiera las puertas cerradas. Pero una vez presente, los discípulos no eran capaces de reconocer su presencia. Los discípulos de Emaús no tenían conciencia de su presencia hasta después, recordando la influencia que él había ejercido sobre ellos: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba?”

Observemos bien en qué momento se les abrieron los ojos: en la fracción del pan. Esto es lo que el evangelio nos dice. Aunque uno reciba la gracia de darse cuenta de la presencia de Cristo, se le reconoce sólo más tarde. Es sólo por la fe que uno puede reconocer su presencia. En lugar de su presencia sensible, nos deja el memorial de su redención. Se hace presente en el sacramento. ¿Cuándo se ha

manifestado? Cuando, para decirlo de alguna manera, hace pasar a los suyos de una visión sin verdadero conocimiento a un auténtico conocimiento en lo invisible de la fe.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La fragilidad de los vínculos, que termina aislando a las personas, afecta en particular a la célula fundamental de la sociedad, la familia, y nos pide el esfuerzo de salir e ir en ayuda de las dificultades de nuestros hermanos y hermanas, especialmente de los más jóvenes, no con desaliento y nostalgia, como los discípulos de Emaús, sino con el deseo de comunicar a Jesús resucitado, corazón de la esperanza. Necesitamos renovar con el hermano la escucha de las palabras del Señor para que el corazón arda al unísono y el anuncio no se debilite. Necesitamos dejarnos inflamar el corazón con la fuerza del Espíritu Santo. El camino llega a su destino, como en Emaús, a través de la oración insistente, para que el Señor se quede con nosotros. Él, que se revela al partir el pan, llama a la caridad, a servir juntos; a “dar a Dios” antes de “decir Dios”; a no ser pasivos en el bien, sino prontos para alzarse y caminar, activos y colaboradores.» *(Discurso de SS Francisco, 31 de mayo de 2019)*

Meditación

En ocasiones la tristeza y el desconcierto pueden impedirnos ver cómo Dios actúa en nuestras vidas. Cuando le pedimos algo al Señor y no sucede como nosotros lo esperábamos, puede suceder que nos olvidemos que Él conoce el mejor modo de hacer las cosas y aquello que realmente necesitamos.

La pasión y muerte de cruz de nuestro Señor, ciertamente no fue algo agradable para los discípulos. Sin embargo, de este

acontecimiento, contra toda expectativa de los apóstoles, el Señor se sirvió para demostrarnos su amor incondicional, sin límites.

Con su resurrección, el Señor nos enseña que más fuerte que el odio, el sufrimiento y la muerte es su amor por nosotros. Sólo Él es el que tiene la última palabra en nuestras vidas. No permitamos que la tristeza y la incertidumbre nos ciegue de ver a Dios presente siempre a nuestro lado. ¡Que nuestro corazón siempre arda por su amor y que ninguna dificultad nos haga dudar de Él! Sagrado Corazón de Jesús, herido de amor por mí, inflama mi corazón de amor por Ti.

Oración final

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. (Sal 104)

JUEVES, 13 DE ABRIL DE 2023

Se hace presente cuando hay comunidad

Oración introductoria

Dios Padre, invocamos humildemente que me des la fuerza y valentía para dejar de lado todo con tal de encontrarme contigo. Necesito escuchar tu voz para encontrar la paz que sólo Tú me puedes dar. ¡Señor, aumenta mi fe!

Petición

Dios mío, te pido la gracia de no tener miedo de ser testigo de tu amor. Enciende mi deseo de construir mi vida siguiendo a Cristo, con la fuerza y la luz de tu Espíritu Santo.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.3,11-26)

En aquellos días, mientras el paralítico curado seguía aún con Pedro y Juan, todo el pueblo, asombrado, acudió corriendo al pórtico de Salomón, donde estaban ellos. Al verlo, Pedro dirigió la palabra a la gente: «Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud? El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo. Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello. Por la de en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado el vigor por medio de su nombre; la fe que viene por medio de él le ha restituido completamente la salud, a vista de todos vosotros. Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, al igual que vuestras autoridades; pero Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer. Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados; para que vengan tiempos de consuelo de parte de Dios, y envíe a Jesús, el Mesías que os estaba destinado, al que debe recibir el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas. Moisés dijo: “El Señor Dios vuestro hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta como yo: escuchadle todo lo que os diga; y quien no escuche a ese profeta será excluido del pueblo.” Y, desde Samuel, en

delante, todos los profetas que hablaron anunciaron también estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, los hijos de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán: “En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra.” Dios resucitó a su Siervo y os lo envía en primer lugar a vosotros para que os traiga la bendición, apartándoos a cada uno de vuestras maldades».

Salmo (Sal 8, 2a y 5. 6-7. 8-9)

¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

¡Señor, Dios nuestro, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él? R.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies. R.

Rebaños de ovejas y toros, y hasta las bestias del campo, las aves del cielo, los peces del mar, que trazan sendas por el mar. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 24, 35-48)

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros». Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la

alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí» Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y le dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Releemos el evangelio

Beato Columba Marmion (1858-1923)

abad

*La oración monástica (Le Christ Idéal du Moine, DDB, 1936),
trad.sc@evangelizo.org*

“Les abrió la inteligencia para que pudieran
comprender las Escrituras” (Lc 24,45)

¿Dónde encontraremos las palabras de Jesús, estas palabras que deben ser el agua que “se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna”? (Jn 4,14). Primero, en el Evangelio. Ahí escuchamos a Jesús, Verbo encarnado, lo vemos revelar lo inefable en palabras humanas, traducir lo invisible en gestos comprensibles para nuestros débiles espíritus. Sólo tenemos que abrir los ojos, disponer nuestro corazón para conocer su claridad y gozarla. (...)

El Antiguo Testamento ya revela que Cristo Jesús “era ayer, tanto como es hoy y será mañana” (cf. Heb 13,8). ¿No está escrito que es de su persona que Moisés ha hablado? ¿No citó frecuentemente las profecías que le conciernen? Los Salmos desbordan de él, al punto de ser, según una bella expresión de Bosuet “un Evangelio de

Jesucristo expresado en cantos, afectos, acción de gracias, deseos piadosos” (Elevación sobre los misterios, Xº Semana, 3º elevación).

Cristo nos revela todo el tesoro de la Escritura. En cada una de sus páginas leemos su nombre. Sus páginas son plenas de él, de su persona, perfecciones, gestos. Cada una nos dice su amor incomparable, bondad sin límites, inagotable misericordia, sabiduría inefable. Nos revelan las riquezas insondables de su vida y sufrimientos, los supremos triunfos de su gloria. (...)

Para que esta palabra sea en nosotros “viva y eficaz”, que toque realmente el alma y sea fuente de contemplación y principio de vida, la tenemos que recibir con fe y humildad y con un deseo sincero de conocer a Cristo y unirnos a él para caminar en sus huellas. El conocimiento íntimo y profundo, la percepción sobrenatural y fecunda del sentido de las Sagradas Escrituras es un don del Espíritu, don precioso que Nuestro Señor, Sabiduría eterna, ha comunicado a sus Apóstoles en unas de sus últimas apariciones (Lc 24,45).

Palabras del Santo Padre Francisco

«La experiencia que vivieron los discípulos de Emaús los empujó de modo irresistible a ponerse de nuevo en camino, a pesar de haber recorrido once kilómetros. Está oscureciendo, pero ya no tienen miedo de caminar de noche, pues es Cristo quien ilumina su vida. También nosotros, un día, encontramos al Señor en el camino de nuestra vida. Como los discípulos de Emaús, fuimos llamados para llevar la luz de Cristo en la noche del mundo. Ustedes, queridos jóvenes, están llamados a ser la luz en la oscuridad de la noche de tantos compañeros que aún no conocen la alegría de la vida nueva en Jesús.» (*Homilía de S.S. Francisco, 22 de junio de 2019*).

Meditación

Al principio del Evangelio leemos que hay dos discípulos. Ellos están tristes por la muerte del Maestro y piensan que ya no tienen más lecciones por recibir, cuando Dios nos da tantas lecciones de vida en lo cotidiano. Cristo se hace presente cuando hay comunidad por lo que hay que ir siempre acompañados en la vida. Luego, el saber que Cristo hoy está vivo y presente en nuestras vidas, nos impulsa a dar unas palabras de alegría y consuelo.

Detengámonos a reflexionar acerca de la necesidad en cada uno de nosotros de recibir un consuelo, pero sólo si vemos el consuelo de Dios en cada una de nuestras vidas, seremos capaces de consolar al hermano. Tú y yo tantas veces pasamos tristezas, miedos y fracasos y compartirlo con otros, ayuda, pero el verdadero ánimo, el cual será como una fuente de vida, es recibir el consuelo de Dios. Por tanto, hay que estar acompañados en los momentos de las pruebas y, luego, pedir luz y fe para ver a Cristo que está a nuestro lado.

La presencia de Dios nos puede asustar por los prejuicios que tenemos, sin embargo, de Él salen las palabras «No teman, Soy yo en persona...» Pero antes dice: «La paz esté con ustedes» Dios sabe que todos los días pasamos tormentas, sea porque sentimos que no somos lo suficientemente buenos como deberíamos, sea porque no sentimos que cumplimos con nuestras responsabilidades...Dios quiere de sus hijos la paz. La paz, en parte, se encuentra cuando estamos unidos en familia, en comunidad. Así pues, unidos a los nuestros, estaremos seguros y con nuestros hermanos en la fe encontraremos el rostro del Cristo resucitado.

Oración final

¡Señor, dueño nuestro,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder? (Sal 8)

VIERNES, 14 DE ABRIL DE 2023

¡Señor, no quiero volver a perderte!

Oración introductoria

Señor, que nunca me canse de pedirte perdón, pues Tú nunca te cansas de perdonarme.

Petición

Espíritu Santo, dame el don del silencio para poder atender a tus inspiraciones.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 4,1-12)

En aquellos días, mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, después de que el paralítico fuese sanado, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, indignados de que enseñaran al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos. Los apresaron y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, pues ya era tarde. Muchos de los que habían oído el discurso creyeron; eran unos cinco mil hombres. Al día siguiente, se reunieron en Jerusalén los jefes del pueblo, los ancianos y los

escribas; junto con el sumo sacerdote Anás, y con Caifás y Alejandro, y los demás que eran familia de sumos sacerdotes. Hicieron comparecer en medio de ellos a Pedro y a Juan y se pusieron a interrogarlos: «¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?». Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo: «Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es “la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular”; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos».

Salmo (Sal 117, 1-2 y 4. 22-24. 25-27ª)

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Digan los que temen al Señor: eterna es su misericordia. R.

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Este es el día en que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. R.

Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad. Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor. El Señor es Dios, él nos ilumina. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 21, 1-14)

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

Releemos el evangelio

Liturgia latina

Himno de las Vísperas de la octava de Pascua: Ad coenam agni providi

“Al clarear el día, se presentó Jesús en la orilla del lago...”

Invitados a las bodas del Cordero revestidos de vestiduras deslumbrantes Atravesamos el agua del Mar Rojo cantemos a Cristo que nos abre el camino.

El, cuyo cuerpo glorioso fue inmolado en aras de la cruz Ha derramado su sangre por dar vida al mundo gracias a ella vivimos en su amor.

Protegidos en esta tarde de Pascua contra el ángel exterminador Hemos sido arrancados de la esclavitud y atravesamos las aguas a pie enjuto.

Nuestra Pascua es Cristo el Cordero inmolado por nuestros pecados Nos dio su carne como comida el pan de la pureza y de la sinceridad.

Es víctima realmente digna por quien el infierno fue aniquilado Y liberada la tierra entera que yacía en cautiverio le devuelve los bienes de la vida.

Jesucristo se levanta del sepulcro vuelve vencedor de los infiernos Encadenando a los tiranos, echando fuera las tinieblas y abriendo las puertas celestiales.

Gloria a ti, Cristo, Salvador Nuestro Triunfador de la muerte Gloria al Padre y al Espíritu Santo que nos ilumina por los siglos de los siglos. Amén, Aleluya!

Palabras del Santo Padre Francisco

«El peso del sufrimiento, de la desilusión, incluso de la traición se había convertido en una piedra difícil de remover en el corazón de los discípulos; heridos todavía bajo el peso del dolor y la culpa, la buena nueva de la Resurrección no había echado raíces en su corazón. El Señor sabe lo fuerte que es para nosotros la tentación de volver a las cosas de antes. En la Biblia, las redes de Pedro, como las cebollas de Egipto, son símbolo de la tentación de la nostalgia del pasado, de querer recuperar algo que se había querido dejar. Frente a las experiencias de fracaso, dolor e incluso de que las cosas no resulten como se esperaban, siempre aparece una sutil y peligrosa tentación que invita a desanimarse y bajar los brazos. Es la psicología del sepulcro que tiñe todo de resignación, haciendo que nos apeguemos a una tristeza dulzona que, como polilla, corroe toda esperanza. Así se gesta la mayor amenaza que puede arraigarse en el seno de una comunidad: el gris pragmatismo de la vida, en la que todo procede aparentemente con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad.» *(Homilía de S.S. Francisco, 5 de mayo de 2019).*

Meditación

El Evangelio de hoy nos muestra una escena fantástica, nos hace ver cómo los discípulos, los más íntimos de Jesús, después de lo sucedido los días anteriores, la pasión, muerte, resurrección y los demás acontecimientos como algunas de sus apariciones a las mujeres, a algunos de los apóstoles e incluso la visita al mismo sepulcro de Pedro y Juan, están un poco con los ánimos y sentimientos bajos y por eso no saben qué hacer, ni qué pensar. De ahí que Pedro, tomando la palabra, les dice a sus hermanos en la fe: «Voy a pescar. Ellos le respondieron: ‘también nosotros vamos contigo’». Así es como se encontraban los apóstoles, regresando a su

vida anterior pues, al parecer, no contaban ya con Jesús, no tenían más al Maestro, y esto les hace dar un paso hacia atrás. Esto nos puede pasar en nuestra vida cuando pensamos que no tenemos a Jesús, que ya no podemos contar con Él; regresamos a nuestra vida de antes; pero si de algo tenemos que estar seguros es de que Cristo jamás se olvida de nosotros, somos nosotros los que nos olvidamos de Él.

Y he aquí que Cristo sorprende a sus íntimos, y se les aparece de nuevo, incluso cuando han regresado a sus vidas pasadas. Pero cuando Juan le dice a Pedro: «Es el Señor», Pedro no se lo piensa dos veces, no quiere volver a perder al Maestro, quiere quedarse con Él para siempre y no espera llegar a la orilla en la barca; se medió viste y se lanza al mar pues no quiere volver a perder a su Señor, a su Dios, a su Amigo. Pues esto es lo que debemos nosotros hacer en nuestras vidas en este momento; que no sea una pascua más, sino que realmente queramos abrazar a Dios, al Señor, al Amigo y le digamos: Señor, no quiero volver a perderte, quiero estar contigo siempre; sin importar cuántas veces vuelva a mi vida pasada, quiero estar siempre junto a Ti. Ya nos decía el papa san Juan Pablo II: «Dios nunca se cansa de perdonarnos, somos nosotros los que nos cansamos de pedirle perdón».

Oración final

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Digan los fieles del Señor:

eterna es su misericordia. (Sal 117)

SÁBADO, 15 DE ABRIL DE 2023
¡Él vive!

Oración introductoria

Señor Jesús, ven a mi corazón. Déjame sentir tu presencia y tu consuelo. Y también, te pido humildemente que me dejes entrar en tu corazón resucitado para llenarme de tu amor y de tu alegría.

Petición

Señor, que todo suceso, circunstancia y acontecimiento lo aproveche como una ocasión para alabarte y servirte.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.4,13-21)

En aquellos días, los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Reconocían que habían sido compañeros de Jesús pero, viendo de pie junto a ellos al hombre que había sido curado, no encontraban respuesta. Les mandaron salir fuera del Sanedrín, y se pusieron a deliberar entre ellos, diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente que todo Jerusalén conoce el milagro realizado por ellos, no podemos negarlo; pero, para evitar que se siga divulgando, les prohibiremos con amenazas que vuelvan a hablar a nadie de ese nombre». Y habiéndolos llamado, les prohibieron severamente predicar y enseñar en nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo: «¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído». Por ellos. repitiendo la

prohibición, los soltaron, sin encontrar la manera de castigarlos a causa del pueblo, porque todos daban gloria a Dios por lo sucedido.

Salmo (Sal 117,1 y 14-15.16-18.19-21)

Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. El Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación. Escuchad: hay cantos de victoria en las tiendas de los justos. R.

«La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa». No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. Me castigó, me castigó el Señor, pero no me entregó a la muerte. R.

Abridme las puertas de la salvación, y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella. Te doy gracias porque me escuchaste y fuiste mi salvación. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 16, 9-15)

Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando. Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron. Después se apareció en figura de otro a dos de ellos que iban caminando al campo. También ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron. Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación».

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Catequesis bautismal n°14 (Les catéchèses, coll. Les Pères dans la foi n° 53-54, Migne, 1993), trad.sc@evangelizo.org

Establecido sobre la roca de la fe en la resurrección

Eres establecido sobre la roca de la fe en la resurrección. “Cristo resucitó de entre los muertos, el primero de todos... Se apareció a Pedro y después a los Doce” (1 Cor 15,20.4). Si no crees en el testimonio único, he aquí doce testigos. Si no tienes fe en los doce, cree en los quinientos: “Luego se apareció a más de quinientos hermanos al mismo tiempo” (1 Cor 15,6). (...)

Existen muchos testigos de la resurrección del Salvador. La luz de la luna llena, sexta noche de plena luna; la roca de la tumba que lo recibe (...); la piedra que corrieron que ha visto directamente al Señor, testigo directo de la resurrección y yace ahí hasta hoy. También los ángeles de Dios por su presencia son testigos de la resurrección del Hijo único.

Pedro, Juan y Tomás y todos los apóstoles. Los primeros porque corrieron al sepulcro y vieron los lienzos que lo habían envuelto en su sepultura, yacer en el suelo después de la resurrección. Los otros, porque palparon sus manos y pies, contemplaron el lugar de los clavos y todos juntos beneficiaron del soplo del Salvador y recibieron la fuerza del Espíritu Santo con el poder y honor de perdonar los pecados.

Otros testigos: las mujeres que se tomaron de sus pies y contemplaron la importancia del temblor de tierra, el esplendor del ángel y los lienzos que Cristo resucitado se había quitado y había

dejado ahí. (...) Testigo también fue Pedro, que sin dudas había renegado tres veces, pero al que tras la triple declaración, le fue propuesto apacentar a las ovejas místicas. (...)

Palabras del Santo Padre Francisco

«No estamos solos, somos Iglesia, somos un pueblo. Tenemos hermanos y hermanas a nuestro lado con quienes recorreremos el camino de la vida y de nuestra propia vocación. Una comunidad de hermanos unidos por el Señor que nos atrae y nos aglutina, asumiendo lo que somos como personas y sin dejar que seamos nosotros mismos. De Dios reciben la fuerza y la alegría para mantenerse fieles y para marcar la diferencia, siguiendo el camino que nos indica: “Ámense unos a otros”. Es hermoso ver una comunidad que camina unida y donde sus miembros se aman; es la mayor evangelización. Aunque se peleen, aunque discutan, porque en toda buena familia que se ama, se pelea, se discute. Pero después hay armonía y hay paz. El mundo, como también la Iglesia, necesita palpar este amor fraternal a pesar de la diversidad y la interculturalidad, que es una de las riquezas que obtienen ustedes.»
(Discurso de S.S. Francisco, 22 de junio de 2018).

Meditación

¡Cristo ha resucitado! ¡Venció a la muerte! ¡Él vive! ¿Acaso puede haber una alegría más grande que ésta? La alegría de la Resurrección es más grande que cuando tu equipo de fútbol gana el campeonato, es más grande que cuando terminan los exámenes finales sabiendo que pasaste todas las materias, es más grande que cuando te llaman para decirte que te han contratado. Ante la Resurrección todas las alegrías parecen pequeñas. ¿Cuál alegría podría parecerse a esta? ¿Probablemente cuando una mamá recibe en sus brazos por primera vez a su bebé? ¿Probablemente cuando

alguien se cura de cáncer? ¿O cuando un seminarista se ordena sacerdote? Sin duda, todo esto es motivo de gran alegría, pero la alegría de Cristo Resucitado es más grande. ¡El Señor nos dice que hemos ganado el campeonato de la vida, que hemos vencido en la batalla! Ahora compartimos la alegría del Señor resucitado. Él vence a la muerte y a la enfermedad.

¿Por qué tenerle miedo a la enfermedad y a la muerte? Cristo te llama para algo más grande, para algo que llena el corazón, que lo sacia, que lo pide todo y lo da todo. El Señor te dice: ¡Ánimo! ¡No tengas miedo! ¡Ve y anuncia el Evangelio por nuevos caminos para llevar esta alegría a todos los hombres! Jesús te invita, también en tiempos de cuarentena, a compartir esta alegría. Él te acompaña, Él que es el Señor de la vida, Él te da su gracia y eso basta.

Oración final

El Señor tenga piedad nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación. (Sal 66)